

Presentación al H. Consejo Superior del Sr. Nuncio.

8.1.93

En nombre del Consejo Superior, tengo el honor de dar la bienvenida oficial al Excmo. señor Piero Biggio, Nuncio Apostólico en Chile.

Es una oportunidad para reiterarle nuestra voluntad de ser fieles al magisterio del Papa, y de ir -en este momento de nuestra historia universitaria- incorporando rápida y efectivamente las orientaciones y disposiciones de la Constitución Apostólica "Ex Corde Ecclesiae".

El afianzamiento de la identidad católica de la Universidad es una necesidad fundamental, no por un deseo de la Iglesia de mantener posiciones de influencia, sino en virtud del valor inestimable del servicio que una institución de educación católica le hace a la sociedad, al contribuir a través de los hombres y mujeres que en ella se forman, a través de las investigaciones y estudios que realiza y de la enseñanza que imparte, a impulsar una auténtica cultura cristiana. Negarle a la sociedad el derecho a ese beneficio, sería privarla de su mejor camino de progreso humano en el más integral sentido y alcance de la palabra. Es por eso que no podría hablarse de una sociedad pluralista si la Iglesia no pudiera contar con entera libertad con instituciones de educación que le sean integralmente fieles a su magisterio.

Esa es la lección que se desprende también de nuestra propia historia institucional. A Dios gracias podemos realizar hoy una activa labor de formación de profesionales y científicos, podemos contribuir con un porcentaje muy alto de la investigación científica que se realiza en Chile, y nuestros servicios profesionales, de consultoría y de extensión y difusión cultural constituyen una contribución importante y reconocida a la cultura nacional.

Pero somos también concientes de que nada de esto sería posible si no se hubiera dado hace más de un siglo en las autoridades de la Iglesia y en un grupo convencido de laicos católicos, la determinación de afianzar la presencia del pensamiento cristiano en la vida pública chilena. Eran tiempos de fuertes impulsos laicizantes en la sociedad, y, para muchos, la presencia católica -como no se diera en la intimidad del hogar o en el interior de los templos- era una cosa del pasado.

La Iglesia aceptó ese verdadero desafío, y ayudó tesoneramente a esta universidad suya sirviéndola en muchos aspectos importantes: le dió su apoyo para que se pudiera

fundar y mantener; veló por su independencia protegiéndola con todo el peso moral que ella tenía; la acompañó en una lucha tenaz por la autonomía y por la libertad de enseñanza. Cuando la autonomía de casi todas las universidades chilenas se vio comprometida por largo tiempo, fue en gran medida, la prudencia y la firmeza de los responsables de la conducción de la Iglesia lo que permitió que la historia de esta universidad fuera distinta. Y es ahora la Iglesia, la que al dar una Constitución Apostólica de la importancia de Ex Corde Ecclesiae, nos permite afianzar nuestra identidad y nuestra misión.

El resultado de ese permanente apoyo ha sido que muchas de las mejores esperanzas de nuestros fundadores se hayan podido materializar en alguna medida. La historia del país en el siglo XX ha sido bien distinta de lo que se podía esperar en sus inicios, y basta mirar a lo ocurrido desde los años treinta en adelante, para ver cómo se produce una revalorización profunda de lo cristiano en la vida social y política del país. Cualquier mirada objetiva sobre este viraje, permite reconocer en sus diversas manifestaciones la influencia de los egresados de esta universidad.

Hoy día afrontamos nuevos e importantes desafíos culturales, y estamos seguros de que podremos seguir haciendo un servicio de Iglesia a la sociedad chilena, en la medida en que seamos fieles a nuestra vocación institucional, y que podremos proyectar hacia un próximo siglo un servicio cultural insustituible, si nos dejamos verdaderamente guiar por ese espíritu de fidelidad. Por eso, no miramos la situación presente que esbozaba al comenzar con ningún ánimo de vanagloria, sino con un sentido de profunda responsabilidad hacia Jesucristo y hacia su Iglesia, concientes de que lo bueno que se haya podido lograr es obra de Dios, y de que estamos obligados a luchar denodadamente para corregir los vicios y defectos de nuestro propio obrar.

Sabemos muy bien que "...si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda la ciudad, el centinela se desvela en vano...", y no esperamos éxito de nuestras propias manos, sino del Espíritu que obra en la Iglesia de Cristo.

Al darle la bienvenida al Excmo. Señor Nuncio Apostólico, le pido que transmita al Santo Padre nuestra profunda gratitud por su constante, abnegado e iluminador trabajo pastoral en pro de la universidad y la cultura.